

ánimas á los que assi mueren. Mas aquestos sin ventura, que con tantos é tan diversos géneros de muertes padescieron, ¿qué se les puede igualar con traerlos su mala dicha é pecados á comerse unos á otros, é á morirse rabiando de hambre é de sed, é de otras enfermedades é trabaxos, nunca por hombres padescidos ni tan continuos?

Yo os digo, cavallero pobre, ó hidalgo nesçessitado, ó artesano de mal reposo, ó villano mal aconsejado, que vosotros é todos los que destas calidades os hallastes en esta armada, que tenés justa paga de vuestro mal acuerdo. Porque al pobre cavallero fuera más seguro estado el que se tenia, sirviendo á otros mayores: y al escudero exercitándose de manera que si no le pudiera bastar su hacienda, bastara él á ella; y al artesano no desamparar su officio, ni al villano su arado; porque en el cavar y en las otras labores y agricultura, que dexó por venir á las Indias, avia más seguridad y quietud para el cuerpo é para el ánima, que no escoger una liviandad tan notoria é peligrosa como hicistes en seguir á Pamphilo de Narvaez. De Cuba supiera él muy bien decir lo que hay en ella é dónde anduvo; pero adonde os llevó, él no lo sabia, ni fué adonde pensaba yr: é ya que fuera, tampoco lo avia visto, ni sabia lo que era aquello que buscaba, sino que quiso dexar su reposo por mandar. Y si á sí solo desasosegara, no fuera tan crescido el daño; pero de su invención é mal consejo os cupo tanta parte como á él, pues ni él escapó de la muerte, ni dexó de dáros la á todos.

Haçedme agora saber, los que aveys leydo, si oystes ni supistes otra gente tan desdichada ni tan trabaxada ni tan mal aconsejada. Buscad essa peregrinacion de Ulixes, ó essa navegacion de Jasson, ó los trabaxos de Hércules, que todo esso es ficciones é metáphoras, que entendidas como se deben entender, ni hallareys de qué os maravillar, ni son comparacion igual con los trabaxos destos pecadores que tan infelice camino é fin hicieron. É qualquiera de todos estos padesció más que los tres capitanes ques dicho, aunque con ellos pongays á Perseo con su Medusa, si por estos passos anduvieran questos anduvieron.

¡Oh maldito oro! ¡oh thessoros é ganancias de tanto peligro! ¡oh martas çebellinas! Bien creo yo que si al presçio questos ovieron aquella manta (que ha dicho la historia que se le quedó á Narvaez á vueltas de aquella pedrada) se alcançassen estos enforros cotidianos que los inviernos usan los príncipes é señores principales en Europa, que las tendrian en más; pero essas cómpranse con dineros, y estotras con sangre é con las vidas, é aun no las pudieron sacar ni traer de entre aquellas gentes salvages.

Tornemos á la historia, que no avemos llegado al cabo, aunque de la gente de Narvaez ya no nos quedan sino tan pocos hombres de todos quantos llevó, como se ha dicho de suso, é como lo oyrés en el capítulo siguiente, procediendo en la mesma relacion de aquel cavallero Álvar Nuñez Cabeça de Vaca é sus consortes.

CAPÍTULO IV.

En el qual se cuentan otros trabaxos é cautiverio que padescieron estos hidalgos Álvar Nuñez Cabeça de Vaca é Andrés Dorantes é Alonso del Castillo é un negro; é cómo se juntaron todos quatro é determinaron de morir ó salir de entre aquella mala generacion de indios á buscar tierra de chripstianos, é lo que les subçedió, procurando de seguir su buen desseo.

Como un capitan ú hombre de reputacion ó persona de las que destas partes é Indias van á España (y en espeçial los que van á pedir gobernaciones é nuevas conquistas, é saben medianamente menear la lengua para allegar gente) se pone á derramar palabras entre los que no lo entienden, todos los tales que le escuchan piensan que todo quanto acá hay, sin que quede isla ni palmo ni rincón de la Tierra-Firme é de las Indias, lo sabe é lo ha visto y andado y lo tiene muy bien entendido (é aun no dexan essos tales predicadores de hablar en todo), ó aquellos indottos oyentes se le figura y creen que las Indias serán como un reyno de Portugal ó de Navarra, ó á lo menos una cosa recogida é breve terreno, donde todos los que acá están saben los unos de los otros é se pueden comunicar con la facilidad que dende Córdoba á Granada ó Sevilla, ó quando más léxos dende Castilla á Vizcaya. Y de aqui resultan unos sobrescriptos de cartas que por acá vienen de las ignorantes madres é mugeres que buscan y escriben á sus hijos é maridos, é otros á sus parientes, é dicen assi: «Á mi desseado hijo Pero Rodriguez, en las Indias»; ques como si dixesse: «Á mi hijo Mahoma, en África, ó á Johan Martinez, en Europa;» ó lo mesmo que si dixera en el otro mundo. Porque todos los que algo sienten del asiento del mundo é su geographia no dexan de sospechar que esto de acá sea tan grande como las dos partes que digo del mundo y el Asia con ellas, é otro nuevo mundo, como algunos lo nombran, *Orbe Novo*: y yo le

llamo, como he dicho otras veçes en estas historias, una mitad del mesmo mundo en que África, Europa ni Asia no participan. Assi quiero decir que tan á escuras vienen muchos á estas Indias como los sobrescriptos que he dicho, sin entender ni saber á dónde van: y destos tales topó Narvaez é hallan otros capitanes quantos quieren, ó á lo menos más de los que han menester, porque la pobreza de los unos, é la cobdiçia de los otros, é la locura de los más no les dexa entender lo que hacen ni á quién siguen. Verdad es que á vueltas dessos vienen algunos que mejor fundan sus propósitos é camino, porque son mandados del Príncipe ó por otras causas más allegadas á raçon y excusables. Pero porque seria posible que tambien fuesse engañado el Príncipe como el pobre compañero, he mirado en una cosa, que no es para que ninguno la olvide; y es que quassi nunca Sus Magestades ponen su hacienda é dinero en estos nuevos descubrimientos, exçepto papel é palabras buenas, é dicen á estos capitanes: «Si hiciéredes lo que deçís, haremos esto ó aquello, ó haçérseos han merçedes». É dánle título de adelantado ó gobernador, con liçençia é poderes que vaya adonde se ofresçiere por una capitulacion, en fuçia de la ignorancia de los que lo han de seguir con sus personas é bienes, al sabor de sus falsos blasones. É despachado de la córte, viénese á Sevilla con menos dineros de los que querria; y en tanto que un atambor por una parte é un frayle ó dos é algunos clérigos, que luego se le allegan só color de la conver-

sion de los indios, por otras vias andan trastornando sessos é prometiendo la riqueza de aquellos que ninguna cosa saben, entiende el capitán en tomar cambios y en comprar navios cansados y viejos, que quando acá llegan, ó vienen á Dios misericordia y á poder de duplicadas bombas, ó tales que no son para volver ni pueden llevar á Castilla nueva ni raxon de la carga que truxeron. É por otra parte un mançebo que hacen su secretario (y que nunca supo qué cosa es secreto) con otros sátrapas ó lagotos de aquellos quel capitán vé que mejor lo sabrán urdir, entienden en hablar á los pobres compañeros é atraerlos á dos cosas: la una que presten al capitán dineros sobre las esperanças vanas que les prometen, é sobre un conosciendo, que piensa el que lo rescibe que una cédula de cambio: y assi esse pobre compañero dá esos pocos de dineros que le quedan, é si se dilata el armadijo, vende la capa y el sayo, é quedase en jubon como Guillote, porque le paresce que demás de venir á tierra caliente llegará bien vestido con el favor que espera y que le han ofrescido. La otra cosa es que de diez en diez é más ó menos compañeros los hacen obligar é mancomunarse para pagar á cierto tiempo cada diez ó doce ducados ó pessos de oro del flete donde van y de la comida, que no les dan sino tal que qual pueden decir los que á España vuelven destos assi engañados (que son los menos) porque como el viage es largo é la vida corta, é las ocasiones para perderla innumerables, todos los más que acá vienen es de assiento é para no tornar á su tierra, y muy al revés de lo que en España se les figuró, como agora lo oyreys, é como lo avés oydo si avés leydo estas historias dende su principio, y como leerés en lo que está por decir, si hasta el cabo en fin de mis tractados quisiéredes ser informado para

vuestro aviso é para avisar á otros. Y digo assi:

Aquellos indios en cuya compañía estaban esos pocos de chripstianos quel capítulo de susso ha dicho, se cansaron de les dar de comer (como acaesce en cada parte que los convidados se detienen más que su huésped querria, y en espeçial adonde ni son desseados ni dan provecho); é por esto echaron los çinço dellos que se fuessen á otros indios, que deçian que estaban en otro ancon adelante seys leguas. É assi lo hiçieron, y estovieron en él mucho tiempo los tres que fueron al ancon, Alonso del Castillo, é Pedro de Valdivieso, primo de Andrés Dorantes, é otro que se deçia Diego de Huelva: é los dos se fueron más baxo á la costa, é allí se murieron de hambre, porque el Dorantes diçe que los halló despues muertos, andando buscando su remedio, y el otro chripstiano primo suyo, que se deçia Diego Dorantes. É allí se quedaron en aquel rancho estos dos hidalgos, é un negro, que les paresció que bastaba para lo que los indios los querian, que era para que les acarreassen á cuestras leña é agua é servirse dellos, como de esclavos. É dende á tres ó quatro dias los echaron assimesmo á estotros donde anduvieron perdidos algunos dias é sin esperança de remedio: é andando assi por aquellas çiénegas é desnudos en carnes, porque otros indios antes les avian despojado é de noche se avian ydo con la ropa, toparon con los chripstianos muertos, que eran de los çinço que avian echado los indios ó despedido, como es dicho. É de allí fueron é toparon otros indios, é quedóse con ellos el Andrés Dorantes, é su primo se fué adelante hasta el ancon, donde avian parado los otros tres: é allí lo fué á ver el uno dellos, que era el Valdivieso, que estaba de la otra parte, é le dixo cómo avian passado por allí los otros dos chripstianos nadadores

que los avian dexado, é assimesmo los avian despojado é dexádoles en carnes é dádoles muchos palos é descalbrádoles, porque no quisieron quedar con ellos; é assi se fueron desnudos é maltractados, aviendo fecho juramento de no parar, aunque supieran morir, hasta tierra de chripstianos. É diçe este Andrés Dorantes quel vido en aquel rancho la ropa de uno dellos, que era del clérigo, é con ella un Breviario é un Diornal; é luego este se tornó, é dende á dos dias lo mataron porque queria huyr, é dende á poco mataron al otro, que se deçia Diego de Huelva, porque se passó de una possada á otra. É allí los tomaron por esclavos, sirviéndose dellos más cruelmente que un moro lo pudiera hacer, porque allende de andar en carnes vivas é de todo punto desnudos é descalços por aquella costa (que quemaba en verano como fuego) no era otro su offiço sino traer cargas de leña é de agua y todo lo demás que avian menester los indios á rayz de las carnes, é arrastrando las canoas por aquellos anegados con aquellas calores.

Esta gente no come en todo el año sino pescado é poco, é con esto tienen mucha menos hambre que los de la tierra adentro (con quien despues estovieron) que, como otras cosas, esto les falta muchas vezes, é por esta causa se mudan tan á menudo, porque si assi no lo hiçiesen, no ternian qué comer. É demás desta penuria es otra muy grande la del agua dulce (de la qual es muy falta aquella tierra), porque como andan entre anegadiços é agua salada, el agua que tienen para beber es muy poca é mala, é léxos. É esto todo era para más fatiga de los chripstianos, assi en padecer la mesma sed, como en les traer á cuestras el agua para los indios sus amos é aun para sus veçinos; porque todos los mandaban, é á todos temian, é todos les tractaban mal de obra é de palabras. É los mucha-

chos les pelaban las barbas cada dia por su passatiempo, y en viéndolos descuydados les daba qualquier muchacho su repelon, é les tomaba la mayor risa é plaçer del mundo; é los rasçuñaban de manera que muchas vezes les haçian sangre; porque traen tales uñas, que aquellas son sus principales armas ó cuchillos ordinarios para entre sí, si no es con quien tienen guerra. É haçianles tantas é tales vexaçiones los muchachos, que en topándolos fuera de las casas, luego eran con ellos con piedras é con quanto se les ofresçia é hallaban más á la mano: de forma que para los rapaçes era un juego ó nueva caça é regoçijo, é como eran hidalgos é hombres de bien é nuevos en tal vida, era menester que su paçiencia fuesse mucha é igual á su trabaxo é penas en que los tenían, para sufrir tantos é tan incomportables tormentos. É assi testificó este Dorantes que cree que Dios les daba esfuerço para ser paçientes en descuento de sus pecados é porque más meresciessen; é aunque quisieran no sufrir tales fatigas, no podian hacer otra cosa (excepto desesperándose), porque estaban cercados de agua, que todo aquello por donde andaban era isletas; é si en su mano fuera, por mejor ovieran la muerte por el campo solos é como hombres sin ventura, pidiendo á Dios misericordia de sus culpas, é no vivir entre tan malvada é bestial gente. Entre la qual estovieron catorçe meses dende el mes de mayo hasta que en el año siguiente vino otro mes de mayo, é llegó el mes de mayo adelante (del año de mill é quinientos é treynta); porque mediado el mes de agosto, estando el Andrés Dorantes en la parte que le paresció más aparejada para se poder yr, él se encomendó á Dios é se fué en mitad del dia por medio de todos los indios, que no quiso Dios que mirassen en él: é aquel dia passó una agua grande, é andu-